

El precio de la caída

"El individuo, quiéralo o no, está condenado a frustrarse una vez que ha tomado conciencia de su propia identidad" afirma enfáticamente Miller en uno de sus escritos, para terminar con esta frase pesimista: "... el hombre muere o se condena a la derrota en sus intentos de vivir una vida humana."

En definitiva, si así lo aceptamos no sólo por esas citas, sino por lo que Miller pretende decir en sus obras, la frustración es lo único que le ofrece la sociedad contemporánea al hombre. Esta realidad deprimente, esta conciencia que despierta se abre sólo a la constatación del fracaso, a la idea definitiva de la inutilidad del esfuerzo humano, a la cerrazón vital. Pero la frustración, que es el resultado, tiene sus antecedentes y todos los dramaturgos norteamericanos buscan en ese amplio territorio del desengaño las causas inmediatas de la destrucción. En *La muerte de un viajante*, Miller intenta definir la tragedia del hombre moderno y convertir a Willy Loman, el protagonista, en una especie de Edipo —*toutes proportions gardées*— contemporáneo. En la sociedad moderna lo único que cuenta es la eficiencia, una eficiencia de máquina que el hombre ha de asumir si pretende ser parte integrante de su sociedad. El hombre debe olvidar su humanidad y convertirse en un mecanismo eficiente, ser el esquema viviente de un mito universal —aquí la realidad norteamericana se transforma en universal— y recrear constantemente el mito de la

* Arthur Miller: *El precio*. Teatro Orientación. Dirección Rafael López Miarnau. Intérpretes: María Teresa Armendáriz, Augusto Benedico, Carlos Ancira, Ignacio López Tarso. Escenografía: Julio Prieto.

eficiencia. El teorema se plantea como la necesidad del éxito que se opone a la posibilidad de frustración. Se acopla a la sociedad quien tiene éxito y el éxito es antes que nada financiero. El éxito financiero y la eficiencia se convierten, pues, en el símbolo de la felicidad.

"Hemos establecido un objetivo, agrega Miller; el mejor calificativo que podemos darle es el de 'felicidad', es decir alejarse del peligro. Este concepto, finalmente, es el resultado de la tregua que hemos establecido con la sociedad... Cuando la tregua termina, significa que el individuo ha violado el lugar que le corresponde como ser íntegro, o que la sociedad ha transgredido la ley dañándolo injustamente, es decir, impidiéndole ser un individuo pacífico y entero."

Este esquema que Miller construye mediante sus teorías sobre el teatro y dentro del universo de sus obras, se repite siempre. A este esquema se agrega otro tramado esencial que aparece de una manera u otra en su trayectoria. La frustración a la que se expone el hombre en cuanto toma plena conciencia de su identidad, se refleja más claramente en el dilema cainita. La idea bíblica se expresa definitivamente en la obra que precede a *El precio* y su mismo título es una constatación de este hecho: *Después de la caída*. El esquema esencial de la primera pareja, de la pareja que Dios ha expulsado del Paraíso, de la pareja que concibe a su vez la primera pareja de hermanos, vuelve a ser meri-

diano. *Todos son mis hijos*, *La muerte de un viajante*, *Después de la caída* y *El precio*, por no citar más que unas cuantas obras, reviven ese dilema autobiográfico de la rivalidad cainita entre hermanos, esa dicotomía irreconciliable entre la dolorosa cercanía visceral y la repulsión definitiva. En *El precio* la reyerta se subraya a la luz de una nueva contradicción que completa el mito de la eficiencia y recrea el esquema de la frustración: la idea de la compraventa. Mientras más se mecaniza el hombre, mientras más lo alcance el éxito, mejor precio obtiene en el mercado nacional. La ansiedad que surge del sentimiento escondido de frustración, se redime momentáneamente en el acto concreto de la compra, en el edificio ostentoso del *shopping center*, la región medular de cualquier ciudad o pueblo norteamericanos. La compraventa se establece y dirige sus tentáculos como nueva amenaza bíblica. Ya no es el sudor de la frente o el parto doloroso, el castigo definitivo que causa la pérdida de la inocencia; el precio se paga ahora en bienes muebles o inmuebles, en la capacidad de éxito definitiva, en fin, en la solidez de los valores que uno ponga en el mercado de los precios.

Así los hermanos luchan en el desierto de la competencia y no en el desolado páramo de las quijadas de burro. Uno es el policía, el que fracasa, el que menos poder de compra tiene,

el otro es el médico de éxito, el que lo compra todo a manos llenas, el que ha sobrevivido a la depresión del *crack* del 29 que ha arrojado a Adán, Eva y los hermanos, del Paraíso de los automóviles lujosos y los veranos europeos, del Paraíso de la esgrima como ocio vital o del Paraíso del sonido delicado del arpa. El enfrentamiento, la repetición de la dicotomía insoluble, se da en el teatro dudoso de una vieja casa de apartamentos repleta de muebles viejos, reliquias falsas de un pasado falso también. El mito de la eficiencia se desbarata y los dos hermanos se identifican como máquinas gastadas que han empezado a funcionar dentro de los cánones abiertos y definitivos de la frustración. La compraventa es inútil y el fin de la carrera es la pérdida absoluta de identidad y lo que sobresale es un sentimiento infinito de inutilidad.

El único personaje vivo es Salomons, el viejo nonagenario que compra y vende todavía, pero que sigue vivo porque conoce desde dentro la realidad, porque la utiliza, pero sobre todo porque mantiene su vitalidad. Podríamos decir que es el primer personaje de Miller que intenta restaurar la armonía, como en esos dramas de Shakespeare —de nuevo insistamos en las proporciones— en los que un personaje sale en la escena final, pasea entre los muertos, los contempla e inicia una nueva era.

Margo Glantz